

que con trabajo, inducirla á que contara la historia de sus primeros amores.

Parecía imposible que aquella criatura la-  
gañosa y arrugada, semejante á una escoba  
de trapo carbonizado, hubiera sido en otro  
tiempo la Lispeth de la Misión de Kotgarh.



## TRES Y UN EXTRA

---

Cuando la cabezada y las trabas  
están sueltas, no caces con garrote  
sino con gram (1).

*(Proverbio indio).*

**D**ESPUÉS del matrimonio llega la reacción,  
grande unas veces, pequeña otras; pero  
más tarde ó más temprano llega y es preciso  
que las dos partes salten por encima de ella,  
si quieren seguir con la corriente el resto de  
la vida.

En el caso de Cusack Bremmil, esta reac-  
ción no se declaró hasta el tercer año después  
de la boda.

Bremmil era, las más de las veces, algo di-

---

(1) Especie de semilla que en la India Oriental se  
da como pienso á los caballos.—(N. del T.)

fácil de aguantar; pero fué un buen marido hasta que el pequeñuelo murió y Mrs. Bremmil se vistió de negro, adelgazó y lloró como si el Universo se hubiera desplomado sobre ella. Acaso el marido debió consolarla: creo que trató de hacerlo; pero cuanto más lo intentaba más se apesadumbraba ella y más desagradable se volvía él.

El hecho es que los dos necesitaban un tónico y le encontraron.

Mrs. Bremmil pudo halagarle con sus sonrisas; pero no se trataba entonces de reír.

En estas circunstancias Mrs. Hauksbee apareció en el horizonte, y donde ella aparecía había grandes probabilidades de perturbación.

En Sinla su apodo era *El Petrel*; el ave tormentosa; calificativo que según mis noticias había ganado cinco veces. Era una mujer pequeña, morena, delgada, casi flaca, con ojos grandes de un azul violeta que le bailaban en las órbitas y con las maneras más suaves del mundo.

Bastaba que se citase su nombre en los tés de la tarde, para que todas las señoras se levantasen y dijese que no era una bendita.

Era inteligente, graciosa, espléndida; bri-

llaba de un modo superior á su especie y poseía la malicia y la picardía de mil demonios. Podía ser buena hasta para su propio sexo, pero esto no viene ahora á cuento.

Bremmil se salió de sus casillas después de la muerte del niño y de la perturbación que le siguió, y Mrs. Hauksbee se le anexionó. No le gustaba á esta señora ocultar sus conquistas: se le anexionó públicamente, viendo que todo el mundo lo advertía.

Bremmil paseó á caballo y á pie con ella, cuchicheó con ella, la acompañó á cacerías, á expediciones de placer, y la llevó á merendar en casa de Peliti hasta que la gente arqueó las cejas diciendo: ¡qué asco!

Mrs. Bremmil permanecía entre tanto en su casa, revolviendo las ropitas del niño muerto y llorando ante la cuna vacía. No se ocupaba de nada más; pero algunas de sus queridas y benévolas amigas, le explicaron lo que pasaba, con la extensión necesaria para que pudiera apurar toda la crema.

Mrs. Bremmil las oyó tranquilamente y les dió las gracias por sus buenos oficios.

No era tan inteligente como Mrs. Hauksbee, pero no era tonta: ocultó sus designios y

no dijo nada á Mr. Bremmil de lo que había oído.

Esto es digno de que se recuerde. Hablando ó gritando jamás hizo hasta ahora un marido nada tan bueno.

Cuando Bremmil estaba en casa, lo que no sucedía muy á menudo, era más cariñoso que de costumbre, pero descubría el juego. Su cariño tendía, en parte, á tranquilizar la propia conciencia, y, en parte, á tranquilizar á su mujer: en ambas cosas fracasó.

Un día, el 26 de Julio, Lord y Lady Lytton invitaron á Mr. y á Mrs. Bremmil á Peterhoff á un baile, á las nueve y media de la noche.

—Yo no puedo ir — dijo Mrs. Bremmil, pensando bien lo que decía—está muy reciente lo del pobre Floro; pero eso no debe detenerte á tí, Tomás.

Mr. Bremmil replicó que no haría más que asomarse un momento. En esto mentía y su mujer lo notó. Adivinó—una mujer adivina con más exactitud que un hombre—que había prometido ir desde el principio y con Mrs. Hauksbee.

Entonces meditó, y el resultado de sus meditaciones fué, que la memoria de un niño

muerto era menos importante que el amor de un marido vivo.

Formó, en vista de esto, su plan arriesgándolo todo en él.

En aquella ocasión reveló que conocía perfectamente á Tomás Bremmil, y con arreglo á este conocimiento procedió.

—Tomás—le dijo—el 26 tengo que ir á comer á casa de Longmores; tú debes irte al Círculo.

Esto le ahorró á Bremmil el trabajo de inventar un pretexto para irse á comer con Mrs. Hauksbee, por lo que se mostró reconocido, tierno y vil, todo á la vez, lo que no deja de ser hermoso.

A las cinco de la tarde salió á caballo, y á las cinco y media una enorme caja con tapa de cuero llegó á casa de Mrs. Bremmil de parte de Phelps.

Mrs. Bremmil sabía vestirse; no necesitaba para nada emplear una semana diseñando y cortando trajes, poniendo ballenas, plegando, guarneciendo ó como esas cosas se llamen.

El traje que había encargado era espléndido y de alivio de luto. Yo no puedo describirlo; era lo que el periódico *The Queen* llama una

creación; una cosa que os deja atónito y con la boca abierta.

Ella se preocupaba poco con lo que estaba haciendo, pero al contemplarse ante el espejo, vió con alegría que jamás había estado tan hermosa. Era una rubia espléndida y cuando quería estaba admirable.

Después de la comida en casa de Longmores se fué al baile, á donde llegó un poco tarde, y lo primero que vió fué á su marido dando el brazo á Mrs. Hauksbee. Aquello la hizo enrojecer, y cuando los hombres se amontonaban á su alrededor rogándole les concediera un baile, estaba realmente hermosísima. Los concedió todos menos tres que dejó en blanco. Una vez su mirada y la de Mrs. Hauksbee se encontraron, y ésta conoció que empezaba la lucha entre ellas.

Mrs. Bremmil inició el combate, no ocupándose al parecer de que existía su marido en el mundo, lo que comenzó á disgustar á éste, que jamás había visto á su mujer tan encantadora.

Colocándose á su paso, la miraba, embobado unas veces, furioso otras, cuando pasaba bailando con una de sus parejas, y cuando

más y con más asombro la contemplaba más afectado se sentía.

Apenas podía creer que aquella fuera la mujer de ojos enrojecidos por el llanto, y que mal ataviada con una bata negra, salpicaba de lágrimas los platos cuando se sentaba á la mesa.

Mrs. Hauksbee hizo cuanto pudo por retenerle; pero, pasado algún tiempo, Mr. Bremmil, se acercó á su mujer y le rogó que le concediera un baile.

—Témome mucho que llega usted tarde Mr. Bremmil, respondió ella, mientras sus ojos centelleaban.

Rogó de nuevo, y por fin, le fué otorgado el quinto vals: afortunadamente no le tenía comprometido.

Bailaron, y al verles, hubo algún movimiento de admiración en la sala.

Mr. Bremmil, sospechaba que su mujer sabía bailar, pero nunca imaginó que lo hiciera tan admirablemente.

Terminado el vals, el marido pidió que le concediera otro, no como un derecho, sino como un favor.

—Enséñame tu programa, querido— dijo

Mrs. Bremmil, y el marido lo presentó temblando, como un chiquillo travieso presentá al maestro las manos llenas de dulces de contrabando. Estaba completamente sembrado de «HH» para bailar y para cenar...

Mrs. Bremmil, no dijo nada; sonrió despreciativamente, borró con su lápiz las haches puestas sobre los números 7 y 9, y puso sobre ellas su propio nombre. No; su nombre no, sino uno muy cariñoso, que sólo ella y su marido usaban en otro tiempo.

Hecho esto le devolvió el programa, mientras amenazándole con un dedo le decía:

—¡Ah! ¡Simple, simple!

Mrs. Hauksbee oyó esto y aunque procuró dominarse comprendió que había perdido la batalla.

Bremmil, aceptó reconocido el baile número 7 y con arreglo al núm. 9, se sentaron bajo una de las pequeñas tiendas del jardín. Lo que el marido dijo y lo que la mujer hizo; no nos importa.

Cuando la banda tocó *The Roast Beef of Old England*, los dos salieron á la galería y Mr. Bremmil fué á buscar el coche de su mujer, mientras ella se dirigía á ponerse el abrigo.

Aprovechando esta coyuntura, Mrs. Hauksbee se le acercó y le dijo:

—¿Supongo que me llevará usted á cenar? Mr. Bremmil se puso rojo, la miró con aire entontecido y respondió:

—¡Ah!... ¡Yo!... Me voy á casa con mi mujer. Esto no ha sido más que una ligera equivocación. Y siguió hablando de suerte que parecía que la única responsable de todo era Mrs. Hauksbee.

Mrs. Bremmil volvió envuelta en un plumón de cisne, con una nube blanca alrededor de la cabeza. Parecía radiante de alegría y no le faltaba razón para estarlo.

La pareja desapareció en la sombra marchando Bremmil muy arrimado á su mujer en el coche.

Entonces Mrs. Hauksbee, que á la luz de las lámparas me pareció algo mustia y cansada, me dijo:

—Oiga usted y no lo olvide: La mujer más tonta puede gobernar á un hombre inteligente; pero se necesita una mujer muy lista para manejar á un tonto.

Dicho esto nos marchamos á cenar.